

BOLIVAR Y EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

Alirio Liscano

La Venezuela de las décadas finales del siglo XX

Muerto Bolívar, Venezuela se hundió en un siglo XIX turbulento, signado por las fragilidades de la vida independiente, la implantación del capitalismo europeo a una realidad latifundista mono-productora y mono-exportadora, la continuación de las luchas populares por la libertad y la igualdad y el choque personalista de los caudillos, lo que ocasionó los llamados “cien años de guerra”. Sin embargo, esta Venezuela fragmentada, comenzó a cambiar con los andinos en el poder en 1899. El general patriota Cipriano Castro inicia la integración de un país que por el norte miraba hacia Aruba, Bonaire y Curazao, por occidente a Colombia y por oriente a Trinidad y El Caribe, teniendo como ciudades epicéntricas a Caracas, Maracaibo y Carúpano-Ciudad Bolívar, respectivamente.

Luego de batir la conspiración interna y externa de los poderes mundiales y la rancia oligarquía, después de derrotada la “Revolución Libertadora” encabezada por el banquero-general Manuel Antonio Matos y El Bloqueo lanzado por Gran Bretaña, Alemania e Italia so pretexto del cobro de “la deuda”, Cipriano Castro es derrocado en 1908 por su compadre Juan Vicente Gómez, agente de los monopolios petroleros estadounidenses y anglo-holandeses y protagonista de una larga tiranía (1908-1935), fundador final del Estado Nacional, tan peleado desde los años de Simón Bolívar. Gómez crea el Estado petrolero-rentista asociado al Imperio Norteamericano, con lo que marca trágicamente al siglo XX venezolano. En 1936, desaparecido Gómez, Venezuela inicia una búsqueda democrática y modernizante que va hasta 1958, cuando se implanta “la democracia representativa”, una democracia falsa, hegemonizada durante 40 años por Acción Democrática y Copei, por lo que ha sido llamada “adeco-copeyana”. Esta democracia engañosa, caracterizada por su vocación pro-imperialista, oligárquica y anti-popular, un régimen represivo y corrupto que gobernó a favor de los intereses extranjeros y plutocráticos, que se engulló la renta petrolera desde 1914, hundió a las masas populares en la pobreza, la exclusión y el hambre. Entonces, en el ocaso del siglo XX, en 1999, llegó el Comandante Presidente Hugo Chávez Frías.

La izquierda revolucionaria de los años 60, aunque siguió gravitando en la órbita del pensamiento marxista-leninista, conoció otras corrientes teóricas que movilizaron las ideas de ese tiempo, a veces generando rechazo. Entre ellas, conocimos la teoría de la dependencia; la teología de la liberación; la revolución estudiantil y el mayo francés; el trotskismo; el eurocomunismo; la denominada “primavera de

Praga”; y varios años después la perestroika. Sin embargo, nada influyó más en América Latina y Venezuela que la revolución cubana. No podía ser de otra manera, porque a la inversa, siempre los eventos continentales repercutieron en Cuba. El proceso revolucionario cubano impactó, sobre todo por su modelo ético sostenido sobre bases martianas de independencia y derechos humanos. Además, el componente martiano del proceso cubano, activó decisivamente las búsquedas bolivarianas venezolanas, aunque la izquierda revolucionaria de los años sesenta no alcanzó a “redondear” una plataforma afianzada firmemente en nuestra historia, cultura y tradiciones, una faena que culminó en forma brillante el Comandante Presidente Chávez.

Las tesis “foquistas”, desarrolladas por el teórico francés Régis Debray, dieron “el tiro de gracia” a la lucha revolucionaria de los años 60 contra la democracia represiva y corrupta. Esas formulaciones fueron letales para la izquierda venezolana, encima de equívocos originales de los partidos MIR y PCV. Ellas podrían resumirse en la idea de que “el foco guerrillero es todo” para la toma del poder. Esta visión reduccionista resultó muy perjudicial porque al privilegiar “la irradiación” o “el resplandor” de las acciones armadas, empujó al movimiento revolucionario al voluntarismo y al espontaneísmo, vale decir, al abandono del trabajo paciente, organizado, político-ideológico y propagandístico entre las masas urbanas y rurales, lo que finalmente condujo al aislamiento y la derrota. Todo esto encima de errores originales de improvisación por parte del MIR y del PCV, al no evaluar suficientemente al adversario, tanto en lo social como en lo económico, político y militar, ni a los propios destacamentos revolucionarios, básicamente de clase media, tanto en aquellos sentidos, como en sus nexos con la clase trabajadora, el campesinado y las masas urbanas. O sea, no hubo un análisis serio del cuadro político.

El MIR, una corriente revolucionaria fundamental

El MIR nace en 1960 con fuerte inclinación teórica, tanto política como programática. Líderes cultos como Domingo Alberto Rangel, Simón Sáez Mérida, Humberto Cuenca, Lino Martínez, Moisés Moleiro, Celia Jiménez y Manuel Vadell, entre otros, fueron importantes ideólogos. En la Juventud del MIR destacó Julio Escalona. Y el PRV-Ruptura fue una corriente liderada por Douglas Bravo, Francisco Prada, Ramón Morales Rossi, Alí Rodríguez Araque y Kleber Ramírez, deslindados del PCV desde 1966.

En los años 60 ocurrió un hecho sumamente relevante. La izquierda se planteó la toma del poder. La izquierda histórica

había luchado con heroísmo contra gobiernos tiránicos, primitivos y brutales, como fueron los de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez, lo que trajo cárceles, torturas, persecución, muerte y exilio. Y en períodos de relativa liberalidad, tomó oxígeno, buscó aliados y avanzó en la opinión pública. Incluso, en momentos propicios, se arrió al poder, como en tiempos del presidente bueno Isaías Medina Angarita. Pero la toma revolucionaria del poder en Venezuela fue un parto ocurrido en el huracán de los años 60. Vale la pena subrayar que el auge de masas iniciado en 1936 a la muerte de Gómez, liderado por la generación del 28, de signo universitario, que luego formuló el pensamiento, organizó los partidos y gobernó al país, a partir de 1960 se vio reforzado por una corriente de nuevo tipo en la que destacaban dos componentes sociales: uno popular, expresado por trabajadores, campesinos y estudiantes; y otro militar, de signo nacionalista, que había acompañado al pueblo desde 1957 y siguió acompañando la lucha civil contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez hasta su derrocamiento en 1958. En este momento, con Hugo Trejo y otros a la cabeza, avanzó la alianza civil-militar que hoy conocemos. Esta confluencia tuvo expresiones posteriores en 1962, en las rebeliones militares de Carúpano (Sucre) y Puerto Cabello (Carabobo), lideradas por Jesús Molina Villegas y Víctor Hugo Morales, respectivamente. Y en 1992, treinta años después, brotó como “chavismo” en el seno de las Fuerzas Armadas Nacionales.

Este hecho ilustra otro dato importante. En los 60, junto a guerrilleros antes estudiantes, surgen comandantes procedentes de otros sectores populares, como Argimiro Gabaldón; Fabricio Ojeda; Américo Silva; Lino Martínez; Baltazar Ojeda, Félix Farías; Bartolomé Vielma, Trino Barrios; Heriberto Cartagena; Tirso Pinto; Miguel Noguera; Fernando Soto Rojas; Alí Rodríguez; Hugo Daniel Castillo “Bejuma”; Jesús Márquez Finol “El Motilón”; Daniel Bitriago “Antonio Zamora”; y Elegido Sivada “Magoya”. Y mujeres como Trina Urbina (Trina, la guerrillera); Concepción Jiménez (Conchita); Olivia Olivo (Comandante Olga); y Emperatriz Guzmán (Chepa).

En 1962, el MIR había fundado el Destacamento Guerrillero Ezequiel Zamora en las montañas centrales del Estado Miranda, el más importante proyecto estratégico de esos años. En 1964, su Secretariado reafirmó la estrategia de Guerra Prolongada, con acento en la guerrilla rural. El mismo 1964 fue destrozado el “Ezequiel Zamora”. En 1969, el partido se encontraba golpeado y se dividió en tres corrientes (MIR, Organización de Revolucionarios y Bandera Roja). En 1970, el llamado “MIR histórico” inicia su reconstrucción. La hazaña de “resucitar” se concretó en la primera mitad de esta década. Por esos días, se incorporaron en Mérida los estudiantes barineses Adán y Aníbal Chávez Frías. Y emergieron otros cuadros en diversas regiones del país. No es exagerado afirmar que al menos en el occidente

de Venezuela, el MIR de Mérida lideró la reconstrucción, dirigido por Lubin Maldonado, Miguel Rondón, Francisco Orlando Peña, “Pacho” Mora y Alirio Liscano, mientras en las luchas universitarias se desempeñaban jóvenes como José Rodríguez Marín, Sonia Rosales, Ildemaro Quintero, Lionel Muñoz, Ronal Zapata, Oswaldo Avila “El Pájaro”; Allan Dick Quintero; Albenis Chirinos “Moruy”; Miriam Paz; Rafael Almarza y Mauri Briceño, entre otros.

Barinas, la tierra llana, fue un caso singular. Cuando nace el MIR en 1960, las influencias llegaban por dos vías: Caracas y Mérida. En la primera, en rol protagónico, se desempeñaba Argenis Gómez, joven abogado que formaba parte de la plana mayor nacional mirista. Y desde Mérida, impactaban sobre el Liceo Daniel Florencio O’ Leary, los estudiantes universitarios llaneros que ya seguían estudios en la capital andina, entre ellos José Mendoza Angulo y Francisco Gavidia. Los rebeldes miristas de 1960 habían sido Víctor León Guevara, diputado a la Asamblea Legislativa; José Briceño Pérez “Briceño”; Arturo Canales; Ángel Chávez, tío del líder bolivariano Hugo Chávez Frías; el dirigente obrero Manuel Urbina Bastidas; y Pedro Elías Pedomo, Nectario Ortiz y Nabor Segura, mientras destacaban los liceístas Horacio Ocando, Pedro Peñaranda, Omar Nuñez, Arnaldo Gómez, Hugo Fonseca, Oswaldo Guédez y Miguel Manzano. La reconstrucción del MIR en Barinas, diez años después, fue obra del valiente trujillano Vicente Torres Castellanos.

El revivir del MIR contó con un factor muy fuerte a su favor. Fue el proceso de recomposición de los desaparecidos organismos estudiantiles de la ULA. Esta tarea estratégica impulsó notablemente los planes miristas, porque trajo a la Presidencia de la Federación de Centros Universitarios, sucesivamente, a dirigentes como Carlos Boves, Makario González, Carlos Castillo y Luis Posso. Surgieron líderes en las facultades: Adán Chávez Frías (Ciencias); Rafael “el mono” Reyes, Hugo Díaz, Rafael Puerta (Medicina); José Benedetto, Francisco Betancourt y Virgilio Salazar (Ingeniería); Héctor Rodríguez (Derecho); Omar Álvarez (Farmacia); Omar Briceño, Abdul La Rosa y Nelson Sánchez (Economía); Jorge Díaz, Nicanor Melgarejo, Judith Méndez y Lourdes Luque (Humanidades) y Nieves Rivas (Bioanálisis). Simultáneamente, en la UCV habían emergido los líderes Eduardo Semtei, Germán Yépez, Erick Rodríguez Mieres, Celestino Peraza, Saúl Bernal, América Puerta, Félix Valeri Gabaldón, Rafael Carabaño, Roberto López, Baldo Alessi, América Ferrer, Freddy Mudarra, Nicolás Boada, Franco Silvio, Jesús Marrero, César y Arquímedes Millán, Julio César Fernández, Pedro José Muñoz y Antonio Van Praag. En Caracas despuntaron dirigentes como Julio Estévez, Ezequiel Aranguren, Nidia Cárdenas, Betsabé Rincón y el “negro” José Marrero. En Falcón, Rafael Rossell y Carlos Martínez. En Lara, José Agüero,

Napoleón Rodríguez, Daniel Colmenares, Iván Aguilar, Jesús Rodríguez, Edgard Bazán y Digna Luna. En Portuguesa, Luis Belisario. En Trujillo, Wilfredo Alvarez. Y en el Táchira, el profesor Ángel Chávez, tío del Comandante Hugo Chávez Frías.

En los primeros mandatos de Rafael Caldera y Carlos Andrés Pérez (1969-1979), como de costumbre, la derecha perpetró otra masacre de revolucionarios. Otra “cacería de exterminio”. Los asesinatos continuados de Américo Silva, Jesús Márquez Finol “El Motilón”, Tito González Heredia, Jorge Rodríguez, José Aquino y Wilfredo Silva. El 18 de enero de 1975 se había producido la fuga de 23 procesados militares del Cuartel San Carlos y en 1976, el secuestro del gerente norteamericano de Owens Illinois, Bill Niehaus.

Nace el Socialismo del Siglo XXI

En los años 70 y 80, el debate en el seno de la izquierda revolucionaria prosigue con especial intensidad, en busca de nuevos caminos. Son imperativos de la lucha que prosigue. La Liga Socialista, nacida del MIR, publicó *Liga socialista. Historia de un proyecto revolucionario* y también en homenaje a su líder fundador, con prólogo de David Nieves, el tomo *Pensamiento Revolucionario de Jorge Rodríguez*. En el caso del PRV-Ruptura, corriente de Douglas Bravo, de la que nacieron la Causa R y Patria Para Todos (PPT), la confrontación teórica, ideológica y política está recogida en un volumen aparecido recientemente de Ramón Morales Rossi, uno de los protagonistas, titulado *Documentos para la Polémica*. Antes, habían circulado varios trabajos del ideólogo bolivariano Kleber Ramírez, recogidos en *Historia documental del 4 de febrero* y hace poco vio la luz un libro que hacía falta, con referencias claves, escrito por el líder chavista Alí Rodríguez Araque, titulado *Antes de que se me olvide*. En 1989 cae el Muro de Berlín. Seguidamente, en mayo de 1992, Kleber Ramírez, ingeniero revolucionario, nacido en las cumbres andinas, desaparecido prematuramente durante el año crucial de 1998, lanza palabras proféticas. En junio de 1992, en su obra *El socialismo ha muerto. Viva el socialismo*, Moisés Moleiro escruta el futuro socialista y afirma que “sólo permanece lo que cambia” y que “la aspiración se mantiene si logra transformarse a sí misma”. En septiembre, Domingo Alberto Rangel y Pedro Duno en *Socialismo: El sueño continúa*, formulan planteamiento similar. Y años después, en 1997, Douglas Bravo vuelve al tema en *Utopía del Tercer Milenio. Recolonización, Resistencia y Nueva Civilización*. Y así avanzó la saga por una revolución que partiera de nuestras raíces y se pareciera a nuestros pueblos.

En nuestra opinión, Kleber Ramírez fue el más importante líder civil del sector bolivariano durante los años noventa. Vinculado estrechamente con los Comandantes Chávez y

Arias Cárdenas, cruzó por esa década como un rayo iluminador. Y dejó huella perenne. Aunque líder del PRV-Ruptura y autor de la obra *Venezuela: la IV República*, como Chávez era un ilustre desconocido antes del levantamiento de febrero y su nombre vino a ser conocido precisamente por boca del líder bolivariano y porque en 1998 se publicó el mencionado tomo de documentos políticos, *Historia documental del 4 de febrero*. El 15 de febrero de 1992, a once días del alzamiento chavista, Kléber Ramírez, en entrevista memorable concedida a Juan Barreto para “Febrero Rebelde”, afirma:

A decir de las declaraciones de los dirigentes del MBR-200, se trata de un movimiento nacionalista con raíces robinsonianas, zamoristas y bolivarianas, es decir, un movimiento que busca su identidad en los valores de la nacionalidad y no en referencias extranjerizantes y en reflexiones ajenas a nuestro gentilicio, lo que no niega el aporte de teorías universales que enriquezcan la reflexión... Así mismo, los conductores de este movimiento expresan una gran independencia y un serio distanciamiento crítico de eso que ha sido hasta hoy una izquierda venezolana de todo signo, tanto por su práctica como por sus concepciones fundamentales: vanguardismo, militarismo, electoralismo y en fin toda suerte de oportunismos... Cuando digo que una salida política debe desincorporar a los partidos tradicionales, lo hago convencido de que ellos prefiguran una forma de organización de la sociedad que crea jerarquías y privilegios, que estimula la corrupción y que adelanta políticas comprometidas con intereses distintos a los de la mayoría. Un gobierno de emergencia nacional, en donde estén representados los empresarios honestos y nacionalistas, el clero comprometido con el pueblo, los intelectuales, las organizaciones populares, militares bolivarianos y patrióticos y en fin, que sea un espacio legítimamente representativo del pueblo venezolano, crearía las bases para un desarrollo autosostenido e independiente y estaría en condiciones de trasladar poderes de estado a la gente, a las comunidades. Esto quiere decir, que pasaríamos de un estado autoritario... a un estado de democracia directa...

El 20 de enero de 1994, Kleber Ramírez dirige una histórica *Carta Pública al doctor Rafael Caldera*, recién electo presidente de la república en las elecciones de diciembre de 1983. En este documento exige la libertad de los revolucionarios alzados en el contexto de la crisis, justifica la convocatoria de una asamblea constituyente, analiza las peripecias del Estado Gomecista del Siglo XX y lo caracteriza como capitalista-rentista, represivo, corrupto y destaca su orientación neoliberal, que perjudica al pueblo y al medio natural. Por su parte, Moisés Moleiro, en 1992, en *El Socialismo ha muerto, Viva el Socialismo*, después de pasearse teóricamente por la fallida experiencia

soviética —Lenin, Stalin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Kruschev, Gorbachov...— y apoyándose en Herbert Marcuse y su *Fin de la Utopía*, a tres meses de ocurrido el levantamiento militar que inauguraba la nueva época histórica con Hugo Chávez Frías al frente, había dicho:

...No ha cambiado el diagnóstico: sigue ocurriendo que en la sociedad opresora la vida se hunde en un sinsentido cotidiano. Y sigue ocurriendo que existen los medios técnicos y materiales para originar la justicia, inhumanamente aprovechada en función de reducidos grupos o derrochados en costosísimos armamentos dirigidos —en última instancia— a garantizar la pobreza de los más y la hiper-abundancia en que viven unos pocos... Las carencias alimentarias que prometen generaciones de tarados e insuficientes mentales, las deplorables condiciones en relación con la educación y la salud, la ausencia de horizontes de todo tipo, y el peso demolidor de una deuda externa impagable, conforman una humanidad doliente, agredida en sus más elementales apetencias y derechos. A ello se une la represión, la crueldad abusiva en el ejercicio del poder, el autoritarismo instituido como norma. Asombra pensar que aun en países potencialmente ricos como el nuestro, casi dos de tres venezolanos viven en medio de la pobreza. La democracia que regenta y administra este abuso cotidiano se recrea en escándalos y corrupciones de todo tipo. La verdadera democracia, la que permita participar y decidir a los gobernados y abra cauces al reclamo, está por hacerse entre nosotros. Y va profundamente ligada a la transformación de la sociedad, al “reparto” del poder decisorio, hoy en manos de cúpulas y sanedrines... En todo caso, queremos dejar caer una afirmación fuertemente polémica: si bien el socialismo, ni es inevitable ni está inscrito en el proceso histórico, se constituye —una vez que se reformula de nuevo en el curso de los acontecimientos— en uno de los futuros probables de la especie, en el sentido de su esperanza posible. Y vale la pena, recreándolo en sus aspiraciones, modos y planteamientos, seguir luchando por él.

Domingo Alberto Rangel y Pedro Duno, hurgando en el desplome de la URSS, señalan dos causas: *La corrupción y La diferenciación social*, mientras reiteran que *allí no había socialismo* y que al hablar de éste, el socialismo, debemos hablar de *una nueva civilización*. Y cuando se plantean la toma del poder, aseguran que los postulados del marxismo “*no han perdido su eficacia rectora ni diluido sus rasgos orientadores*” y precisan que deberá lograrse “*por las armas*” o por “*una sacudida que estropee y quebrante la estructura tradicional*”. Naturalmente, mencionan a las masas como la fuerza insoslayable de una revolución verdadera. Argumentan que la vigilancia jamás ha de cesar, para asegurar la sobrevivencia del proceso. Y reiteran ideas luminosas:

Un quiebre histórico, una grieta, son factores indispensables para el entierro del capitalismo. Los sistemas envuelven realidades integrales cuya desaparición ha de producirse de un golpe certero. No podría liquidarse el capitalismo sólo en la esfera de las instituciones políticas si él subsiste en otros planos de las estructuras sociales. Pensar que unas elecciones que brinden a partidos o corrientes avanzadas la victoria e instalen a hombres suyos en el Congreso o en la Presidencia resuelven la cuestión, es iluso. Desde sus palancas en el concierto económico, o movilizándolo sus influencias en el terreno social, las clases dirigentes de la vieja sociedad acorralarían al régimen recién instaurado para obligarlo a la genuflexión o abatirlo. El tránsito entre sistemas requiere como norma, la conquista simultánea de todos los mecanismos fundamentales para aislar y decretar la inocuidad de los dolientes que reaccionarían con ventaja si conservan alguna fracción importante del poder. Un orden distinto jamás accede por cuotas, como venden los grandes almacenes, llega como paso integral o no llega nunca, porque lo desvirtúan si cae en las fantasías de las estrategias progresivas, las zancadillas o los sabotajes o las insinuaciones con las cuales aquellos que retienen una partícula de poder lo derribarían o lo falsificarían.

Douglas Bravo, igualmente, desarrolla el concepto de la “resistencia alternativa” que significa “resistencia cultural”. No basta con resistir al Imperio y al Capitalismo Neoliberal. Ni con enfrentar sus rasgos económicos, tecnológicos, sociales, políticos y militares. Debe construirse una respuesta original contra su hegemonía y sus ideas de desarrollo y crecimiento económico, progreso, técnica, máquinas, depredación de la naturaleza y del hombre, lo que pasa por reconstituir la cultura originaria indiana y negroide y enfrentarla con las seculares ideas europeas, teniendo como marco el Caribe, gran escenario para la batalla por una nueva Humanidad. Recomponer nuestra cultura para contraponerla a la otra, a partir de nuestra historia, imaginarios colectivos, usos, costumbres y tradiciones. Enfrentar culturalmente a la globalización y al pensamiento único. Claro, en estos años el neoliberalismo, la cara más salvaje del capitalismo, ha mostrado sus impactos demolidores sobre América Latina y el Caribe. En Venezuela, la crisis política está en apogeo. Se han producido los levantamientos sociales de 1989 (El Caracazo y otros) y los militares de 1992 (4 de febrero y 27 de noviembre), en donde emerge Hugo Chávez Frías. Y luego, en 1993, sale de la presidencia Carlos Andrés Pérez, por malversación y corrupción. O sea, la crisis se ha “destapado”, para manifestarse luego en la región con figuras como Lula, Kirchner, Correa, Ortega y Evo. Sin embargo, la voracidad imperialista y oligárquica no cesa. Está en marcha la Apertura Petrolera, el Proyecto Cristóbal Colón para explotar el gas de la Península de Paria; la

extracción de los crudos pesados de la Faja del Orinoco. Su lenguaje, siempre mañoso, habla solemnemente de Asociaciones Estratégicas, Convenios Operativos y Ganancias Compartidas. Más de lo mismo. Mentiras y hambre redoblada contra el pueblo. Marchan firmes hacia la disolución de la OPEP. Luis Giusti, presidente de Petróleos de Venezuela (PEDEVESA), literalmente, tiene “de rodillas” al Presidente de la República Rafael Caldera. Y quieren más. Han levantado la Agenda Venezuela. Y ordenan como “postre” acabar con el Régimen de Prestaciones Sociales. Naturalmente, lo que está gravitando en el fondo es una dantesca hecatombe social. El país está viviendo un verdadero “fin de siglo”, según el habla popular. La crisis toca fondo. No menos del 65% de los venezolanos vive en pobreza, la mitad en niveles críticos. La clase media ha venido a menos. El desempleo está al galope. Los estudiantes sin cupo. Y los profesionales trabajando como taxistas o vendiendo perros calientes. Ni hablar de la crisis en temas como los servicios públicos, educación, salud, vivienda, transporte, electricidad, teléfonos, agua potable y desechos sólidos. Y es en este contexto “recalentado” que emerge el nuevo líder, Hugo Chávez Frías.

Viví en Cuba durante los años 1989 y 1990. A mi regreso en 1991 me juramenté en el MBR-200 con el Comandante Francisco Arias Cárdenas. En la tierra de José Martí, yo “bolivarólogo” me sumergí en su ética de la independencia y de los derechos humanos. En debates habaneros se maceró mi convicción sobre un proyecto socialista sustentado en lo que somos realmente: un pueblo no europeo ni anglosajón, diferente, mestizo, del realismo mágico, urgido de una revolución original, enlazada con nuestra cultura e historia. En esos encuentros no estábamos inventando la pólvora. Bolívar lo había dicho mucho antes, en 1819, en Angostura, a orillas del río padre Orinoco, con palabras inmortales: “Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos.” Y rebatiendo las tesis federalistas disolventes, El Libertador precisa:

¿No dice el Espíritu de las Leyes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Qué es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿Qué las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos? ¿Referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? He aquí el código que deberíamos consultar y no el de Washington.

Y su luminosa idea de patria, soportada en la espiritualidad:

Primero el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro ser, nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro propio país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación; los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo, todo nos recuerda un deber... allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado ¿Qué títulos más sagrados al amor y la consagración?

El Libertador fue bastante reiterativo con estas ideas. “Mil leguas ocuparán mis brazos, pero mi corazón se hallará siempre en Caracas: allí recibí la vida, allí debo rendirla”. Y en otro momento regresa al tema de la especificidad de las leyes: “Yo creo que el nuevo gobierno que se dé la república debe estar fundado sobre nuestra religión y nuestras inclinaciones y últimamente sobre nuestro origen y nuestra historia. La legislación de Colombia no ha tenido efecto saludable porque ha consultado libros extranjeros, enteramente ajenos a nuestras cosas y nuestros hechos”. Es la tesis que desarrolla el Apóstol José Martí en el ensayo que ha vencido los tiempos, *Nuestra América*, donde abunda sobre esta identidad policroma, para la que reclama pensar y trabajar con mucha dedicación, para protegerla y preservarla de quienes la consideran inferior y pretenden dominarla y/o manipularla. “O inventamos o erramos” había dicho precursoramente Simón Rodríguez. Nuestro socialismo indoamericano “no puede ser ni calco ni copia, sino creación heroica”, agregó el ideólogo peruano José Carlos Mariátegui en el siglo XX, mientras el mexicano José Vasconcelos se aventuraba a bautizarla como la “raza cósmica”. Estos pensamientos cargados de futuro, germinados originalmente en esa fecunda primavera democrática que fue la Revolución Francesa, regresaron con el Presidente Chávez. Y quizás vinieron a sembrarse para siempre.

Patria es humanidad, o sea, la patria es el hombre, principio que pregonaba el cantor del pueblo Alí Primera. Nuestra América, la llamaba Martí. La patria es la América, decía Bolívar. Y hablaban de lo mismo. Se referían al ser humano de estos confines, amasijo de carne y hueso, cultura e historia, lo que somos. Esta emoción, este talante risueño, esta personalidad de pueblos mestizos. Un pueblo distinto, que exige una revolución que se le parezca (“bonita”, decía Chávez). Y de la mano del Comandante Eterno, que a la cabeza del MBR-200 y del naciente Movimiento V República, en 1997, asumió la vía pacífica y electoral y ganó la presidencia en diciembre de 1998, “nos dimos a la mar”. Y se nuclearon hombres como los desaparecidos Kléber Ramírez, J.R. Nuñez Tenorio, Pedro Duno, Pedro Ortega Díaz, Guillermo García Ponce, Gastón

Parra, Jesús Rivero y Domingo Alberto Rangel; y también luchadores de toda la vida como José Vicente Rangel, Ali Rodríguez Araque, Jorge Giordani, Isaías Rodríguez, Héctor Navarro y Aristóbulo Istúriz. Vinieron entonces las nuevas propuestas teóricas, tanto políticas como programáticas, resumidas en la Agenda Alternativa Bolivariana, primer programa transformador enarbolado por el “chavismo”. Y así arribamos a 1999, con la Asamblea Nacional Constituyente y la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, donde brillaron especialmente Hermann Escarrá, Ricardo Combellas, el “temperamental” Jorge Olavarría, María León, Willian Lara, Blancanieve Portocarrero, Nicolás Maduro, Noheli Pocaterra, Cilia Flores, Elías Jaua, Adán Chávez, Earle Herrera; y en otros espacios, Jorge Rodríguez Gómez, Carlos Escarrá, Rafael Ramírez, Álvaro Silva Calderón, Ana Elisa Osorio, Blanca Eekhout, Antonio Espinoza Prieto, Jesús Martínez y Nora Castañeda.

El Comandante Presidente Chávez, a la cabeza de este “pelotón subversivo” y sobre todo del pueblo fervoroso, logró “aterrizar” el avión del Socialismo del Siglo XXI. El líder llanero, un fenómeno telúrico, puso en la pista una aeronave repleta de experiencia revolucionaria, en la que viajaba también un “plan maestro” para gobernar a Venezuela: Estado eficiente (no corrupto); Mercado sano (no monopolístico, ni oligopólico); y Poder Popular (Comunas, Consejos Comunales, Salas de Batalla Social, Mesas Técnicas, y decenas de formas de organización social y de masas).

El acervo del socialismo bolivariano es largo y ancho. Se inicia con la mano “zurda” del propio Comandante Chávez en 1992, con su libro *Un brazalete tricolor*. Sigue con la nombrada *Agenda Alternativa Bolivariana*, de 1998. Se proyecta desde 1999 con *El Libro Azul*, numerosos discursos del Presidente Chávez y la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CRBV). Toma impulso con documentos centrales, como *Los Cinco Equilibrios*, *Las Cinco Líneas Estratégicas*, los Planes Nacionales Simón Bolívar I y II y el Plan de la Patria, redactado este último en los años de su gravedad final. No menos importante es *El Libro Rojo*, especie de “partida de nacimiento” y también “Carta de Navegación” del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), que incluye la Declaración Política, los Estatutos y la Plataforma Programática. En el camino vio la luz también su biografía *Mi primera vida*, escrita magistralmente por Ignacio Ramonet. La Constitución Bolivariana y el Plan de la Patria, reiteramos, revisten importancia especial, por su doble carácter político y programático. Empero, lo verdaderamente descollante en Chávez, por lo inusual, fue su pedagogía de masas de signo revolucionario, que realizó día a día por diversos medios, como su programa radio-televisivo “Aló Presidente” y la columna periodística “Las

líneas de Chávez”, ambos de concientización popular, que consiguieron, como nunca antes en nuestra historia, educar y politizar, hasta los niveles actuales.

El socialismo bolivariano levanta las banderas de la independencia, la paz y la solidaridad como bienes supremos, frente a la hegemonía imperial. Privilegia la economía social, pero no proscribire la propiedad e iniciativa privada; por el contrario, asigna un papel fundamental al empresariado en la construcción del país emergente. El camino es electoral, pero con pluralismo y diversidad, sin partido único; el propio “chavismo” es una formación política múltiple, aunque el PSUV es la tola mayoritaria. Rige el Estado Social y Democrático de Derecho y de Justicia, la Constitución Nacional y más de 500 Leyes. Cinco poderes públicos, coordinados pero autónomos (Ejecutivo, Legislativo, Judicial, Electoral y Ciudadano). El proyecto socialista bolivariano descansa sobre la histórica plataforma unitaria representada por el binomio pueblo-fuerza armada. Inclusión Social por encima de todo. Derechos humanos universales, prensa, información, opinión, reconocimiento especial a las mujeres (socialismo feminista), defensa del ambiente (eco-socialismo), culturas indígenas, afro-descendientes, grupos sexo-diversos. Con un gasto social sobre el 64% del presupuesto nacional, sin precedentes en la región. Más de 30 misiones sociales en marcha, 27 nuevas Universidades creadas, centenares de liceos y escuelas de origen reciente, al igual que centros de salud. Alfabetización. Abatimiento de la pobreza extrema. Crecimiento económico con empleo. Venezuela ha sido reconocida por los organismos internacionales UNESCO, FAO y OMS. Y ahora, lucha firme contra “la guerra económica” (inflación vía dólar paralelo, contrabando de extracción, acaparamiento y sobreprecios para los bienes básicos).

Estas son las grandes líneas del “chavismo”. Recordemos siempre a Chávez, quien repetía “este es un proyecto histórico que tiene dos siglos, que llegó para quedarse y no tiene vuelta atrás”. Aquí vamos pues, ahora sí, con Cristo, Bolívar, Martí y el Che, las culturas originarias, Nuestra América, mestizos como somos, del realismo mágico, con este amor identitario, esta dignidad, esta patria grande redimida, vanguardia de la lucha irreductible y abanderada de los sueños invencibles. Como dijo el prócer José Félix Ribas: *¡No podemos optar entre vencer o morir. Necesario es vencer!* ☑

Alirio Liscano (Barinas, 1943). Historiador, diplomático y escritor venezolano, con maestrías en Ciencias Políticas y en Relaciones Internacionales y Diplomacia. Doctorando en Educación. Profesor Titular de la Universidad de los Andes, en Mérida, en cuyo Consejo Universitario representó al Ministerio de Educación Superior del gobierno bolivariano y fue representante de los profesores. Ensayista, poeta y narrador. Entre sus libros, cabe citar *Bolívar en tres perfiles* (Ensayo, México, 1996); *La palabra insomne* (Poesía, Costa Rica, 2004) y *Médanos Blancos* (Relatos, Venezuela, 2009). Miembro del Equipo Nacional de Ideología y Formación Política del PSUV y Coordinador Regional del mismo en el Estado Mérida. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.